

## PARTE SÉPTIMA

### HISTORIA POLÍTICA

#### LA ERA ACTUAL (1)

**H**EMOS llegado al fin de nuestra larga tarea; temimos, al emprenderla, que fuera superior á nuestras fuerzas, y sólo por esa suerte de fascinación que ejerce sobre los hombres de estudio la magnitud y dificultad casi insuperable de una empresa intelectual, tuvimos arrestos para acometerla; al terminar, nos confesamos vencidos. Era, efectivamente, mayor que nuestro aliento. No podía menos en un país en que apenas van tomando cuerpo los trabajos estadísticos; en donde no ha existido, sino por modo muy individual y deficiente; la devoción por los datos coleccionados y clasificados; en donde nuestros archivos, todavía sin organización, sin catálogos, sin facilidades de trabajo, son inmensos hacinamientos de papeles viejos que el tiempo y la incuria van reduciendo á polvo; en donde nuestros escritores han hecho de sus obras armas de partido, como era ineludible, basando sólo sobre hechos muy aparentes y muy rápidamente explicados sus apreciaciones, y consolidado las teorías con que han interpretado nuestra historia y los prejuicios con que la han falseado. Y descuidamos adrede el contingente de los documentos oficiales, también incompletísimo, porque éstos nunca tienen valor de probanza, puesto que obedecen á miras especialísimas, sino cuando están minuciosamente confrontados con otros de orígenes distintos.

En suma, el hecho, el fenómeno, ó político ó administrativo, ó económico, ó jurídico ó moral, algunas veces diminuto y de todos modos oculto ó velado por los acontecimientos de primer término, pero que, determinado por las condiciones de *medio* y de heredismo, es á su vez el determinante de la historia ostensible, el hecho social, en sus elementos constitutivos, nos huye casi siempre, porque, ó no dejó huellas, ó sus huellas se han perdido. Y sin él todo estudio resulta frustráneo, efímero, provisional cuando menos.

Y esto hemos hecho: una labor provisional; con mayor copia de datos más científicamente depurados, otros reharán lo que hemos intentado hacer, y con mejor suceso. Pero nuestro empeño no habrá sido inútil, sin embargo. En primer lugar, si hemos procurado estudiar sin prejuicios las condiciones dinámicas de nuestra sociedad, no la hemos estudiado sin sistema. No nos toca exponerlo aquí en estilo de escuela; pero el título solo de nuestro libro indicaba que, aun cuando pudiéramos disentir en la fórmula de las leyes sociales, y unos, siguiendo la escuela spenceriana, las asimilasen profundamente á las leyes biológicas, y otros las considerasen, de acuerdo con Giddings, esencialmente psicológicas, y la mayor parte acaso fundamentalmente históricas, en consonancia con Augusto Comte y Littré, todos hemos partido de este concepto: la sociedad es un ser vivo, por tanto, crece, se desenvuelve y se transforma; esta transformación perpetua es más intensa á compás de la energía interior con que el organismo social reacciona sobre los elementos exteriores para asimilárselos y hacerlos servir á su progresión.

La ciencia, convertida en un instrumento prodigiosamente complejo y eficaz de trabajo, ha acelerado por centuplicaciones sucesivas la evolución de ciertos grupos humanos; los otros, ó se subordinan incon-

(1) Véanse las páginas 33 á 314 del primer volumen de esta obra.

dicionalmente á los principales y pierden la conciencia de sí mismos y su personalidad, ó precisamente apoyándose en ideales que son fuerzas morales, de tan perfecta realidad como las fuerzas físicas, tienden á aprovechar todo elemento exterior para consolidar su ecuación personal, y logran por resultante imprimir á su evolución una marcha, si no igual á la de quienes por condiciones peculiares llqvan la vanguardia del movimiento humano, sí al nivel de sus necesidades de conservación y de bienestar.

Con este criterio hemos expuesto los fenómenos sociales mexicanos, que libros y documentos y observaciones propias ponían á nuestro alcance; y lógicamente hemos inferido que, si todos los hechos de cuya certeza teníamos conciencia acusaban, aunque en bien distintos grados, un movimiento creciente que resultaba del impulso interior conjugado con otros exteriores, ese movimiento es la evolución social mexicana. A este resultado total nos hemos atenido, aun cuando las condiciones y razones íntimas y profundamente reales de esa evolución sean, por escasez de datos y de estudios, más conjeturales que verdaderamente conocidas.

## I

Definitivamente libre de la presión exterior que, iniciada al día siguiente de la Independencia, había de concluir en una intervención resuelta en nuestra vida interior para marcarle é imponerle determinados senderos, la República en el año de 67 había adquirido el derecho indiscutible é indiscutido de llamarse una nación. Fuerte en el exterior, gracias al prestigio que había logrado por su energía en la lucha contra Francia y el Imperio, prestigio que crecía en razón directa del descrédito que había arrojado sobre el gobierno de Napoleón III el triple inmenso error diplomático, político y militar que se llamó «la cuestión de México;» firme con el apoyo de los Estados Unidos, interesado ó no, pero real y seguro, el país no tenía que pensar más que en su problema interior. ¿Cómo se organizaría la República rediviva? Las condiciones políticas parecían inmejorables: el partido reformista, heredero del liberal, era dueño incondicional del país político; tenía su programa en la ley suprema, la Constitución del 57, á la que se incorporarían pronto las leyes de Reforma; tenía por jefe al hombre que había encarnado ante el mundo la causa triunfante, y ese jefe era el Presidente mismo de la República, era Juárez; sus individuos poblaban casi exclusivamente los puestos públicos federales y los gobiernos de los Estados, y no tenía enemigos; el partido contrarrevolucionario, que había identificado su suerte con la invasión francesa y el Imperio, había muerto con ellos y sólo con ellos podía resucitar: no resucitaría jamás. El ejército nacional reducido, pero seleccionado después de la lucha, se agrupaba, ardiente de admiración por el gran ciudadano que con su incontrastable fe le había permitido rehacerse y triunfar, vibrante de heroísmo y de odio á los enemigos de la patria, en torno del gobierno y de la ley.

Factores eran éstos de primera importancia para producir un estado social caracterizado por la entrada definitiva del pueblo mexicano en el período de la disciplina política, del orden, de la paz, si no total, sí predominante y progresiva, y para acercarse así á la solución de los problemas económicos que preceden, condicionan y consolidan la realización de los ideales supremos: la libertad, la patria...

Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra gran riqueza, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el *desiderátum* social; se trataba de que la República (gracias principalmente á la acción del Gobierno, porque nuestra educación, nuestro carácter, nuestro estado social así lo exigían) pasase de la era militar á la industrial; y pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía á nuestro lado y que cada vez se aproximaba más á nosotros, á consecuencia del auge fabril y agrícola de sus Estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tendería á absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles.

Para poner en vía de realización el *desiderátum*, Juárez y sus ministros concibieron el único programa posible: reforzar á todo trance el poder central dentro del respeto á las formas constitucionales, de que Juárez, por su historia y su educación jurídica, era devoto sin llevar esa devoción hasta el fetichismo, como lo demostró siempre que creyó ver en peligro la *salus populi*; reforzarlo porque el poder central era el responsable ante el mundo, á quien íbamos á pedir los elementos activos de nuestra transformación económica, del

orden, de la paz, de la justicia, es decir, de la solvencia de nuestro erario, del poder del Gobierno en todos los ámbitos del país, del respeto al derecho, de todo cuanto fuese indicio cierto de organización y progreso.

Temerosa, inmensurable era la tarea; se trataba de volver á su cauce un río desbordado y poner diques perpetuos á las inundaciones futuras. Toda la gente de acción del país había tomado parte en la lucha, por patriotismo los menos, por espíritu de aventura y de revuelta los más, no pocos por miras interesadas y para explotar, expoliar y defender los abusos á cuya sombra medraban y exprimían al pueblo.

No era ésta labor de un día, y Juárez jamás pensó en poder darle cima, pero estaba decidido á crearla cimientos de granito. Un ejército, un instrumento de hierro, capaz de imponer respeto y miedo, era lo urgente; el ministro de la Guerra era el hombre *ad hoc*: conocedor penetrante de las personalidades importantes en la enorme masa armada que había triunfado, afable y persuasivo, accesible á la adulación, aunque inflexible y duro en el fondo, comenzó inmediatamente su labor de selección, agrupando, casi siempre con acierto, los elementos de verdadera fuerza en derredor del gobierno y disponiéndose, porque era capaz de decisiones, pero no de ilusiones, á combatir y á vencer; sabía que la guerra civil era inevitable y no la temía; lo que deseaba era vencer á la revuelta rápidamente y dar esa prueba de fuerza.

Para lograr tener en la mano y hacer suyo al ejército, había un obstáculo casi insuperable: los generales vencedores, los héroes de la guerra reciente. Todos ellos aspiraban á situaciones privilegiadas, á especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado á su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, vuelta á sus hogares ó á sus guaridas, había quedado licenciada ó dispersa, lista para las futuras revueltas ó disuelta en gavillas de bandoleros que mantenían en toda la extensión del país la alarma, la inquietud y la desconfianza; de lo que se originaba un estado nervioso que indicaba que la República no volvería á la salud sino en tiempos indefinidamente lejanos.

La habilidad del ministro de Juárez consistió en desarmar á los elementos hostiles, cuando eran útiles, halagándolos, colmándolos de consideraciones y esperanzas; y en donde las primeras personalidades eran de un temple bastante fuerte para resistir á estos halagos, entonces las otras, los generales de segunda fila, los coroneles, —y entre ellos había magníficos soldados,—eran solicitados, atraídos, afiliados, desligados de sus jefes: el gran prestigio de Juárez hacía lo demás.

El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba lo mismo entre las legiones del Norte que del Occidente ó del Centro de gran simpatía é incontrastable ascendente en el antiguo ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y hurañó, casi hostil al Gobierno, que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios,—hemos nombrado al general Porfirio Díaz,—era el peligro, la preocupación y el obstáculo; aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, pero incapaz de dirigir un pronunciamiento. Entretanto el jefe de la 2.ª división, desprendido y rígido ante el halago, se retiró tranquilo, descontento y fuerte.

Con él perdió su escudo de acero la resistencia á la acción niveladora del Gobierno, y la transformación fué rápida: el ejército normal de la República, bravo, disciplinado, leal, nació de allí; el ejército no volvió á pronunciarse; pudo dejar caer en el abismo de las revueltas algunos de sus fragmentos, pudo en horas de desorganización del Gobierno quedar sin brújula y diseminarse, siguiendo pasivamente diversas banderas; pero tomar en masa la iniciativa de la guerra civil como los Echávarri, los Bustamante, los Santa-Anna, los Paredes, los Zuloaga, ya esto no volvió á ser; ¡no volverá á ser nunca!

La obra gubernamental era, empero, irrealizable sin finanzas, y la creación de ellas parecía más irrealizable aún, por la dificultad tremenda de la reorganización del país y nuestra falta absoluta de crédito en el exterior, producida no sólo por la inmensa desconfianza y el invencible recelo con que se veía nuestra tentativa de fundar un verdadero gobierno, indiscutido en sus principios, consentido en sus medios y nacionalmente aceptado en sus fines (cosa que, puede decirse, era insólita en nuestra historia), sino por la entera y legítima actitud que habíamos tomado frente á nuestros acreedores extranjeros, considerando unos créditos como nulos de origen y otros sujetos á revisión y á pactos nuevos. La considerable merma de la riqueza pública, consecuencia de once ó doce años de guerra no interrumpida; la imposibilidad de definir sin estadís-